

el anticlericalismo. Españoles, en fin, que creían que era necesario un gobierno fuerte que aniquilara, al precio que fuese, cualquier brote de conflictividad que enturbiara el orden y la paz de la nación. Todos ellos, como Posada, compartieron actitudes contradictorias y diversas que hicieron cundir en su pensamiento la desesperanza y el deseo de olvidar cuanto antes una tragedia de la que, sin embargo, tenían muy claro quiénes eran los culpables.

Claudio HERNÁNDEZ BURGOS
Universidad de Granada

HALL, Stuart y JEFFERSON, Tony (eds.): *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de Posguerra*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2014, 416 pp.

Esta obra, pionera de los estudios subculturales, apareció publicada en 1975, como los números 7 y 8 de la serie *Working Papers in Cultural Studies*. Era un trabajo colectivo que daba cuenta de los esfuerzos del *Sub-Cultures Group* del *Centre for Contemporary Cultural Studies* de Birmingham (CCCS o Escuela de Birmingham), junto a colaboraciones de estudiantes ajenos a este grupo de investigación (Paul Willis entre otros), e incluso de autores que no llegaron nunca a pertenecer al CCCS, como Simon Firth o Paul Corrigan. Editado ahora en castellano, tantos años después, es preciso tener en cuenta esta circunstancia al dar noticia de la publicación.

El texto recoge una serie de líneas de trabajo en curso en el momento de su publicación, y de ahí provendría la frescura (en aquel entonces) de algunos de sus planteamientos teóricos. Constituye un reflejo fiel de la praxis de reflexión colectiva del CCCS, de ahí su naturaleza algo “laxa” y su estructuración en capítulos temáticos, lo que hace muy valiosa la inclusión en este momento del prefacio “Retorno a *Rituales de Resistencia*”, escrito a treinta años de la aparición de la obra y un útil comentario a la misma, imprescindible para muchos lectores no especializados en *cultural studies*, al dar razón de aquel contexto teórico de gestación tanto como de los debates generados después.

La obra puede entenderse como arranque de los estudios *subculturales*, antecedentes a la labor del CCCS. Fueron los miembros de la Escuela de Chicago, pioneros en la sociología urbana, los que acuñaron el término “subcultura” y desarrollaron un importante corpus bibliográfico dedicado a los jóvenes y sus bandas, como *The Gang. A Study of 1313 gangs in Chicago* (1926) de Frederick Thraser. Esta corriente tendría nuevas aportaciones en décadas posteriores, como el libro de William Foote Whyte, de la que se conoce como “Segunda Escuela de Chicago”, *Street Corner Society* (1943), donde incorpora la observación participante para estudiar las formas de asociación de los jóvenes de Boston. Algunos de los supuestos contenidos en este

volumen se pueden encontrar, por otra parte, en el libro del francés Jean Monod *Los Barjots: etnología de bandas juveniles*, publicado en 1968, un acercamiento desde la antropología a las bandas francesas de los *bloussons-noirs*. El referente más inmediato de *Rituales de Resistencia*, sin embargo, es el artículo de Phil Cohen “Sub-cultural Conflict and Working Class Community”, aparecido en 1972 (*Working Papers in Cultural Studies*, 2) y que versa sobre dos de las subculturas juveniles que todavía poblaban el *East End* londinense, los *mods* y los *skinheads*, cercano a los marcos analíticos que se desarrollan en *Rituales de Resistencia*.

La aparición de las “espectaculares” subculturas juveniles durante la postguerra, cuyo primer ejemplo fueron los *teddy boys* en los años 50, conforma el punto de partida para teorizar el contexto de las dinámicas de negociación de la hegemonía social en Inglaterra tras la Segunda Guerra Mundial. Fueron años en que se produjo una crisis de la conciencia y la cultura de la clase trabajadora, pues parte de sus instituciones representativas convergieron con la cultura dominante en torno a tres ideas: el interés nacional, la economía mixta y el estado de bienestar. Algunas formas de militancia tradicionales de la clase trabajadora británica quedaron incorporadas por esta vía por la cultura dominante, a través de procesos de negociación de la hegemonía (concepto gramsciano decisivo en el grupo de Birmingham) social, generando contradicciones dentro de la cultura de la propia clase trabajadora. Uno de los aspectos más claros de esas tensiones serían las tensiones que aparecieron entre los jóvenes de clase obrera y su “cultural parental”; tensiones que serían resueltas “mágicamente” en la esfera del placer –hablamos de la primera vez en la historia de Occidente en la que los jóvenes podrían llevar una existencia diferenciada de la de sus padres–, precisamente a través de aquellas subculturas.

Basadas en particulares y muy definidos estilos (maneras de vestir, de hablar, de cómo y qué consumir, y en determinadas formas rituales), las subculturas juveniles supusieron –y desde entonces todavía suponen– una forma clara de identidad colectiva para sus componentes, y un desafío simbólico al entendimiento de aquellos que, por el contrario, permanecen ajenos a sus diversas realidades. En un momento en el que las formas de participación y resistencia política clásicas comenzaban a ser incorporadas –y por tanto “domesticadas”– por los grupos dominantes, las subculturas juveniles aparecen como una nueva modalidad de resistencia que contesta de forma simbólica y en la esfera cultural su subordinación, generando nuevas formas de hacer política. Este va a ser, *grosso modo*, el punto de partida para analizar el qué, el cómo y el porqué de realidades como los *teddy boys* y su amor por el *rock and roll*, el estilo “afeminado” de los *mods*, la recuperación de parte de los valores tradicionales de la clase trabajadora por los *skinheads*, el papel del lenguaje, la espiritualidad y la música *reggae* para los *rastas*, o bien la importancia del “no hacer nada” para los jóvenes de la postguerra, el cómo determinadas formas de violencia entran dentro de ese “no hacer nada”, o qué papel juega el consumo de drogas en determinadas subculturas juveniles, etcétera, etcétera.

Como ya he señalado, el componente colectivo del volumen le dota de cierto eclecticismo. Del total de los enfoques y temas, voy a detenerme en dos capítulos particularmente, uno de ellos por su importancia dentro del análisis subcultural, y el otro por cubrir un aspecto que, de otro modo, quedaría silenciado.

John Clarke, en el primero de los dos, escribe sobre el proceso de creación del estilo dentro de las subculturas y su significado. Recupera el concepto de *bricolage* de Lévi-Strauss para explicar cómo se genera ese estilo, y cómo los miembros de una subcultura (actuando como *bricoleurs*) seleccionarían elementos y objetos de una matriz cultural preexistente recolocándolos en un nuevo universo simbólico y dotándolos de un nuevo significado, constituyendo por tanto un nuevo discurso. Normalmente asociado a las formas de vestir, el resultado de ese *bricolage* subcultural habría de entenderse como una representación del conflicto existente entre este subconjunto y las culturas dominante y parental del contexto social en el que se insertan. Así, la apropiación del “estilo eduardiano” por parte de los *teddy boys*, o del *look* de inspiración “Ivy League” por parte de los *mods*, o la reinterpretación de algunos elementos propios de la clase trabajadora por los *skinheads* (las botas de trabajo, los tirantes, etcétera) ayudarían a levantar fronteras que generarían nuevas identidades grupales y que ayudarían a solucionar “mágica” y simbólicamente las tensiones citadas.

En cuanto al capítulo de Angela McRobbie y Jenny Garber, “Las chicas y las subculturas: una investigación exploratoria”, es el único referente dentro del libro que atiende a la relación entre la mujer y el fenómeno subcultural, que ha sido siempre eminentemente masculino. McRobbie y Garber denunciaron la invisibilidad a la que se sometía a las chicas en la literatura subcultural, a la par que dejaban unas posibles líneas de análisis para trabajar sobre su papel dentro de las subculturas “tradicionales”. Habría que añadir la dimensión crucial de las estructuras de sexo y género (además de la clase, o el contexto histórico y social) para poder acercarse a la realidad y la naturaleza de esa relación. Parece evidente que el papel de las chicas dentro de las subculturas de posguerra era de *secundariedad* estructurada, basada en la combinación de determinados factores como la centralidad del hogar en los roles femeninos dentro de la clase trabajadora, las diferencias en el sistema de valores parental (que obligaría a las jóvenes a divertirse sin meterse en líos, con lo que su relación con el exterior estaría mediada), o a la aparición de una “cultura del dormitorio” alimentada por el mercado del ocio. De hecho lo importante, de acuerdo con las autoras, no sería tanto la presencia o ausencia de las chicas en las subculturas masculinas sino el detenerse en el análisis de los modos complementarios en que las chicas actúan entre sí, y en las formas culturales (distintivamente femeninas) que surgen de estas dinámicas. Así es como McRobbie y Garber presentan la cultura *teenybopper*, una forma subcultural “empaquetada”, altamente comercializada y que tuvo como pilares la centralidad del hogar (a través del dormitorio), su flexibilidad (inclusiva, sin “ritos de pasaje”) y, sobre todo, la ausencia de riesgo de humillación (asociado normalmente a la participación activa en una subcultura masculina).

En definitiva, nos encontramos ante uno de los pilares fundamentales de los estudios subculturales clásicos. Una obra de obligada lectura, que abre las puertas a mucha de la literatura posterior necesaria para profundizar en el desarrollo y entendimiento de un fenómeno que revolucionó la juventud del siglo XX. Entre otros citaremos los siguientes: *Los hippies: una contra-cultura* de Stuart Hall; *Subcultura: el significado del estilo*, y *Cut ‘n’ Mix: Culture, Identity and Caribbean Music*, de Dick Hebdige; *Aprendiendo a trabajar*, de Paul Willis; *De jóvenes, bandas y tribus*,

de Carles Feixa, o también los estudios de Henry Jenkins sobre las comunidades de *fans* y su relación con los *media*, como por ejemplo *Piratas de textos. Fans, cultura participativa y televisión*. Por lo demás, y para concluir, la publicación de este texto clásico en castellano podría reorientar los estudios culturales que, desde no hace mucho, se elaboran aquí aquel matiz político y militante que los caracterizaba en origen, sacándolos de su actual estatus de cajón de sastre en el que todo vale.

José Emilio PÉREZ MARTÍNEZ
Universidad Complutense de Madrid

HERNANZ BLANCO, Guillermo, *Diario de Guillermo en Rusia, 1942*, Madrid, Rh+ Ediciones, 2013, 302 pp.

Diario íntimo de un joven oficial de artillería, recién salido de la Academia de Segovia, que describe su historia personal, llena de amor, ilusiones, ideales, nobleza, compañerismo y... desilusiones. En suma, humanidad. El texto, a pesar de la dureza de la situación en la que vive, se lee con avidez y con una sonrisa por los constantes rasgos de buen humor de Guillermo, que no se deja vencer por la adversidad, hasta que desaparece el 10 de febrero de 1943 en una terrible batalla en Krasny Bor, un pueblo en las proximidades de San Petersburgo (entonces Leningrado) como nos describe, en una carta que se reproduce en el libro, un amigo y compañero de Guillermo (César Muro) sin que, hasta hoy, se sepa a ciencia cierta lo que pasó.

La Profesora Isabel Burdiel en la Revista *Ayer* (*Ayer* 93/2014 (1): 13 – 18) hace hincapié que en la evolución de la historiografía occidental, en las últimas tres décadas, la utilización de las trayectorias personales como vía de acercamiento al conocimiento del pasado histórico han posibilitado una paleta cromática diferente, haciéndolo más complejo pero más plural así como facilitar a repensar sus categorías clásicas. En esta atmósfera muy cercana, la biografía y el diario ocupan un lugar importante.

La Historia, como disciplina académica sólidamente establecida, pretende, puede y debe producir conocimiento científico y verdades históricas (no absolutas sobre el pasado). Dichas palabras transcritas por el Profesor Enrique Moradiellos en su obra *El oficio del historiador* se completan con la utilización de las pruebas o fuentes documentales como base para la construcción de su relato histórico, dando cuenta de las circunstancias y acciones que pudieron haber conducido al surgimiento de este residuo material, ofreciendo una interpretación del cómo y el porqué de los acontecimientos y procesos allí relatados (MORADIELLOS, E., *El oficio del historiador*; Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 8-10).

26 de Marzo de 1942- Marzo de 1943. Estas son las coordenadas temporales en las que se halla enmarcado el relato de nuestro personaje en cuestión (Guillermo Hernanz Blanco, joven oficial de artillería recién salido de la Academia de Segovia, como reza en la contraportada del libro). Su muerte en la Batalla de Krasny Bor nos ha impedido poder disfrutar de su diario completo.